



LOS ACTORES

SE prepara una campaña teatral, se anuncian obras nuevas de autores distinguidos, pero, como decía bien un señor concejal, de cuyo nombre no puedo acordarme, falta una primera dama. Es verdad; falta una primera dama, y hasta la segunda y la tercera. Para ser primera dama no basta haber contraído vínculos indisolubles con un primer galán.

A la señora de un general se le llama la generala, corriente; pero á la señora de un primer galán no se la puede llamar primera dama mientras no demuestre que lo es. Ciertamente el derecho civil concede á la mujer la dignidad del marido, pero el representar bien no es una dignidad, ni cosa de ganancias que se reparta por mitad entre los es-

posos. Esto es lo que no quieren comprender varios excelentes actores y señoras respectivas.

En cambio las primeras damas, *juris et de jure*, se retiran á la vida privada para entregarse á las labores propias de su sexo, como se dice, y así anda ello. De todo lo cual resulta que los pocos poetas dramáticos que tenemos—no se cuentan los malos—tienen que prescindir en sus obras del sexo débil si no quieren exponerlas á un tropiezo.

La situación de nuestros autores es ahora semejante á la de los romanos antes del robo de las Sabinas: no tienen mujeres, artículo de primera necesidad para la conservación de los pueblos y de las comedias. O renuncian los poetas al teatro ó tienen que escribir dramas como *El Puñal del Godo*, *La batalla de Clavijo*, *La tienda del rey Don Sancho*, etc., de repertorio entre los aficionados de corta edad, que aún no se han creado una familia y no tienen hembras que les ayuden en sus aficiones.

El recurso á que ahora se acude de trabajar las señoras é hijas de los cómicos, en calidad de *sucedáneos* de las actrices de verdad, es un recurso muy pobre según demuestra una dolorosa y larga experiencia.

Tampoco espero que el mal pueda remediarse con decretos, ni siquiera con una ley votada en Cortes. De donde, rigurosamente se deduce, que el mal no tiene remedio.

Comprendiéndolo así la crítica desapasionada, se consuela imaginándose que las actrices malas son buenas y las medianas excelentes. Esto se dice un día y otro en los periódicos, y las interesadas llegan á creerlo. Y pasan unas cuantas semanas, se estrenan dramas y comedias, suena el bombo y ya nadie se acuerda de que al principio de la temporada se dijo que no había actrices. ¿Quién ha dicho que no había actrices? ¿Pues no llama la prensa eminentes á todas las que trabajan en todos los teatros? *O rayó ó no rayó á gran altura* la señora Tal; pues si rayó, buena actriz es y no pidamos gollerías.

Esa señora Tal suele venir de provincias, donde el *teatro de verso*, suele ser una verdadera maldición de Apolo; los provincianos más instruidos prefieren zarzuela, volatines, prestidigitación, un ventrílocuo, cualquier cosa, á una *compañía de verso*. La señora Tal trae de Soria, de Segovia, de Castellón de la Plana, de Pontevedra y de León, la más endiablada manera de representar que se ha visto; pero como ha ascendido, como la escasez de la oferta ha hecho subir el precio de las actrices, la señora Tal ya es para el empresario y para los periódicos una dama excelente, una verdadera categoría. Lo oye ella, se lo traga muy fácilmente, y el año próximo futuro ya pide el oro y el moro, y coche, y mil gollerías, si el público quiere admirarla

¿Que no se la da la luna que es lo que pide? Pues, como Aquiles, aunque sea mala comparación, se retira á sus tiendas, ó se vuelve á provincias á hacer las delicias de los segovianos, de los abulenses, de los caracenses, etc., etc.

Este es el movimiento de nuestro teatro; se retiran los actores buenos, los reemplazan los medianos; éstos *se crecen*, pasan por buenos y se releven ó se van, y los malos vienen á ocupar el puesto en calidad de categorías. Y por aquí se va á los pésimos, por aquí se va al infinito.

A casi todos los actores que hacen primeros papeles por esos teatros de Dios, los he visto yo trabajar en provincias, tan mal como ahora, eso sí, siempre consecuentes con sus principios. ¿Tiene esto cura? Acaso no; pero á lo menos, ya que no podamos evitar esta lamentable decadencia, no ayudemos á que caiga de golpe y porrazo el teatro español. Cada vez que se nos dé gato por liebre, protestemos, señores; comamos el gato, pero que conste una cosa, que protestamos.

De no hacerlo así, el gato llegará á creerse liebre y el público se acostumbrará á comer gato. Recordemos al prudente cuadrúpedo de que nos habla Iriarte, cuadrúpedo que si le daban paja comía paja, pero si le daban grano comía grano. Muchos respetables actores y muy simpáticas actrices han llegado á creer de buena fe que no lo hacen mal.

Es claro, ayudado el amor propio, que tantos estragos hace en la gente del teatro y en la de fuera, por el cotidiano incienso de los diarios, figúrese el lector cuán profunda será la convicción de esos cómicos malos: creerán, como artículo de fe, que son excelentes.

El año pasado, con motivo del beneficio de una actriz buena á ratos, mediana por lo regular y mala en las grandes ocasiones, se hizo en cierto teatro una apoteosis del génio — así la llamaban — de la precitada actriz. Se le dijo, en versos muy malos, que ella era poco menos que Dios; que las generaciones futuras cantarían sus alabanzas; que verla y volverse loco todo era uno, con otra porción de disparates y exageraciones.

¿Qué sucede con semejante modo de entender la crítica? Que los actores se endiosan, y en vez de estudiar y aprender, que buena falta les hace, se dedican á imitarse á sí mismos, toman el espejo por modelo; y tal cómico ó cómica, que con estudio y prudentes censuras hubiera sido muy apreciable, aunque no génio y esas gollerías, se echa á perder y llega al más intolerable amañamiento. Ve la Fulanita que su tono quejumbroso agrada á los espectadores, que sus gestos de niña candorosa, inocente, producen buena impresión; pues aunque represente la alegría del mundo, su tono será llorón, siempre gimiendo y llorando

en este valle de lágrimas se presentará en escena, y será una cándida palomita sin hiel, aunque represente el papel de Trotaconventos. A esta Fulanita, á quien me refiero (porque hoy no es día de nombres propios), la ví hace tres años ó cuatro prometer mucho, y en la última temporada la ví de nuevo y la ví precipitada en el amaneramiento más *cursi*, irremisiblemente perdida para el arte. Como ésta hay algunas otras actrices dignas de aplauso cuando Dios quería, hoy verdadera plaga de las tablas. No citando nombres propios, se puede hablar muy claro.

Y aun citándolos, cuando sea ocasión, pienso hablar muy claro también, porque el deber es ese, y á las mismas señoras y señoritas de que se trata les conviene que se les adviertan sus errores y aberraciones. En salvando las prerogativas del sexo, yo creo que se le pueden decir las del barquero á la dama de más categoría.

Aquí los que la pagan son los extranjeros; llega el Sr. Mierzwinski, y sólo porque el apellido lo pronuncian mal los españoles, y él no pronuncia muy bien algunas notas, la indignación filarmónica desencadena sus vientos, y ¡pobre tenor! Á las tiples y contraltos del Real, que son tan señoras como nuestras cómicas, y por lo general, no menos bonitas, se las trata sin compasión, y se las silba, como si éstas no tuvieran sexo con prerogativas.

Yo no me opongo á que se trate mal á los cantantes malos; pero es necesario *suum cuique tribuere*, y silbar á un actor en siendo malo, aunque se llame López. El patriotismo se ha inventado para cosa muy distinta.

Y además, ¿por qué han de enfadarse los actores, aunque se les diga la verdad? Señor A, que canta V. los versos y eso no se hace... Pues si no se le dice seguirá cantándolos; es posible que también los cante aunque se le diga, pero al menos ya no peca de inadvertido. — Señor B., que imita usted demasiado al Sr. A, y en vez de parecer B, parece V. la raíz cuadrada de A. Señor H, que no por ser rey de los visigodos, está V. autorizado para meter tanto ruido con la boca. Señor Z, que se le ha muerto á V. un hijo; lllore V. como Dios manda y no se mire las uñas. ¿Que ni B, ni H, ni Z hacen caso? ¡Bueno! Pero algo es tener la conciencia tranquila. Y hacerles saber á esos señores actores que no nos mamamos el dedo, también es algo aunque no mucho.

Todo esto viene á cuento, porque va á empezar la época de los estrenos, de las batallas, y va á haber necesidad de decírselas como puños á quien no las ha oído ni siquiera como avellanas. Yo creo que llamando las cosas por su nombre es como puede la crítica trabajar en pro del arte, y por esto pienso que es mi deber y el de todos los que escriben

de teatros, consagrar especial atención y un saludable rigor á los actores que suelen tener gran parte de las culpas que pagan los poetas.

No distingamos de nacionalidades ni de sexos, no respetemos las categorías, no nos hagamos encubridores de los crímenes artísticos ocultando el nombre de los criminales, y de esta suerte, el arte se lo llevará de todas maneras la trampa... pero se lo habrá llevado con honra.



SOBRE MOTIVOS

DE UN

DRAMA DE ECHEGARAY

EL Sr. D. José Echegaray era hace dos lustros un ingeniero notable, un matemático insigne, un político excelente, para sus amigos, y mediano para sus contrarios. Yo ví por vez primera, de cerca, al sabio Echegaray en aquel tiempo, y en ocasión trágica por cierto. Un hijo del Sr. D. Gabriel Rodríguez, el íntimo amigo del ex-ministro, se había ahogado en el estanque grande del Retiro. Los poco expertos marineros de aquel mar interior buscaban el cadáver con garfios de hierro; primero salió enganchado un bulto, era la capa del ahogado... El padre desde el embarcadero contemplaba la terrible pesca... Echegaray estaba á su lado, con el rostro lívido, pero